

Luis M. Sáenz

Conjeturas sobre una guerra social en curso

**Luis M. Sáenz es miembro del consejo editorial de
Trasversales**

1. Estamos en medio de un incendio provocado para abrasar nuestros derechos sociales, laborales y políticos, nuestras propias vidas. Nada hay más inoperante en esta situación que perder el tiempo preguntándose o profetizando si pereceremos o nos salvaremos. En estas condiciones, sólo vale sumarse a la tarea de apagar el fuego. Si damos todo por perdido, perderemos. Si *nos seguimos rebelando*, ya veremos. Se puede.

2. ¿De qué material “anti-incendios” disponemos? Ante todo, de nuestras propias fuerzas. Desde el 15 de mayo de 2011, incluso quizá desde el 29 de septiembre de 2010, nuestras fuerzas no han dejado de crecer, aunque, paradójicamente, desde entonces se hayan producido duros retrocesos sociales y victorias electorales de la derecha más reaccionaria. La relación entre lo electoral, las leyes y lo social es compleja y asincrónica.

El cambio que se ha producido en la dinámica de las movilizaciones y en la conciencia social es asombroso. Remito para su descripción y evaluación al texto editorial de este número de *Trasversales* y a las experiencias que aportan activistas de las diversas mareas sociales. En realidad, puede darse cuenta cualquiera que pise la calle, observe y dialogue con su entorno habitual u ocasional.

Hemos vivido experiencias que han llevado a que la mayoría de la población no se crea las excusas del poder. Según el sondeo del CIS de enero 2013, al 82% de la población le inspiraba poca o ninguna confianza Rajoy (antes del caso de los sobres y la B-contabilidad) y al 88% le pasaba lo mismo con Rubalcaba. Ya no nos creemos que “no queda más remedio”, “no hay alternativas”, “lo impone la UE (o Alemania)”, “tenemos que sacrificarnos todos durante un tiempo para poder salir de ésta”, “a mí es a quien más me duele hacer esto”, “tenemos que recortar para poder pagar la deuda”. Todas esas patrañas han perdido credibilidad social, ante la orgía de desprecios (“¡que se jodan!”), de corrupciones, de connivencias entre las élites políticas y económicas españolas y europeas.

Lo que está saliendo a la luz es *un conflicto social de carácter transnacional*, en el que *las élites políticas y económicas europeas, incluyendo las españolas, tienen una alianza y un proyecto común en lo fundamental*, aunque con matices, choques de intereses e influencias diferentes, desautorizando las tesis según las cuales lo que nos están haciendo viene impuesto desde fuera, pero también las de quienes pretenden que todo se debe a las peculiaridades del gobierno Rajoy (¿por qué habría estallado entonces el 15M en mayo de 2011?). Los recortes *nos* son impuestos (no a *España* o a *Grecia*, sino a sus pueblos) a partir de un consenso entre las élites económicas y *todos* los gobiernos de los Estados miembros de la UE. El gobierno español y el griego forman parte de ese consenso, al igual que las enriquecidas élites españolas y griegas. Por descontado, la derecha española tiene “un trago” y el Estado alemán tiene mucha influencia, pero esas cosas explican ciertos detalles, no lo esencial.

3. Una vez que lo de “nosotros, gobernantes, no podemos hacer otra cosa” ha perdido toda credibilidad social, la nueva barreira disuasoria es “vosotros, pueblo, no podéis hacer nada para impedirlo”. Si antes trataban de engañarnos ahora tratan de intimidarnos, con su mayoría absoluta en las Cortes, en muchas comunidades y muchos ayuntamientos, con golpes, balas de goma, multas, detenciones, persecuciones contra la difusión de información, despidos, procesos, torturadores indultados, cárcel, etc. Ese discurso descarado no convence, pero puede hacer mella ayudado por la desesperación y el miedo. Y es peligroso porque lo está compartiendo, con buenas intenciones pero malas consecuencias, una parte de la izquierda social tradicional, que desde hace años absolutiza el papel de lo electoral en el cambio social, o incluso una parte del nuevo activismo que querría resultados más rápidos y puede buscar atajos sin salida o emborracharse de consignas “fuertes” no respaldadas con una fuerza social.

Algunos piensan que las luchas libradas no sirven para nada y lo dicen. Se equivocan. Ese toro hay que cogerle por los cuernos, sin triunfalismo pero también sin derrotismo. Si no resistimos vamos al desastre y a la miseribilización total. No todo es negativo: la movilización y la crítica social sí tiene consecuencias que nos son favorables; hemos colocado en grave crisis al gobierno de Rajoy y, de hecho, a un régimen político agotado; nos estamos uniendo; estamos logrando cosas, pocas y con mucha lucha, pero conseguirlas es muy importante ahora. La paralización del euro por receta o la tramitación de la Iniciativa Legislativa Popular “stop desahucios” son victorias sociales.

La idea fuerte, a asumir y difundir con más empeño, es SÍ SE PUEDE. A partir de ella, cabe mucho más. Sin ella, nos queda desesperación, depresión, sumisión y derrota. “Sí se puede”, no como recurso demagógico o autoengaño, sino porque se puede, porque “no hay destino cifrado en claves sabias”, que nos dijo Jorge Guillén. “Sí se puede” no asegura que lograremos derrotar los planes de las élites, dice que es posible.

4. El que las actuales movilizaciones hayan desacreditado una vez más el concepto elitista de “vanguardia” como atributo personal y permanente de un sector iluminado de la población no significa que el activismo social más o menos organizado de modo permanente no tengamos una responsabilidad en esta situación, por la experiencia que podamos aportar y también por los daños que podemos causar al movimiento con nuestros esquemas y rigideces.

Me parece que estamos teniendo dificultades para colocarnos en la nueva situación. La izquierda española está demasiado acostumbra a hablar para un territorio etiquetado. Afecta al PSOE, que en los malos momentos no da otra razón para votarle o no criticarle que el que “no gane la derecha”, afecta a IU, afecta a izquierdas *alternativas* que usan un lenguaje autocentrado y lo hacen como si la población ya compar-

tiese sus opiniones y sólo impidiese su puesta en práctica la actuación del “sindicalismo mayoritario” o de la “izquierda institucional”, afecta a los sindicatos, afecta a sectores afines al 15M, me afecta a mí. Ese vicio es suicida en estos momentos.

Quizá uno de los rasgos más interesantes del momento actual es el protagonismo activista de muchas personas que nunca se han sentido de “izquierda” ni se han considerado “15M” o sólo han tenido tales simpatías de un modo muy genérico pero sin haber prestado especial interés a la actividad sociopolítica. La evolución de su mentalidad no ha ido en el sentido de una “ideologización” sino de una politización, como preocupación por lo común, y de una conciencia social de clase vinculada a la descomposición del mito de la “clase media” y a un nuevo sentimiento de pertenencia a la gente normal y corriente frente a unas muy diferenciadas élites. Para generar una experiencia de aprendizaje mutuo entre el antiguo y el nuevo activismo se requiere una “desideologización” (que no despolitización o pérdida de convicciones justas) de los viejos activismos y el uso de un nuevo lenguaje político más basado en lenguaje cotidiano y menos autorreferencial. Quizá un test de en qué medida estamos adaptándonos a la nueva situación sea la capacidad de mantener una conversación “política”, sin conflicto ni ajustes de cuentas, con personas que hace poco, por ejemplo en noviembre, votaron al PP pero que ahora están indignadas y protestan.

5. Otro test es nuestra actitud frente a la unidad de acción. La unidad de acción es ahora la necesidad primera. Esa vieja y útil idea, que podríamos denominar *alianza social* y a la que en otros tiempos se llamó *frente único*, toma especial actualidad cuando hay que defenderse de graves peligros y amenazas, lo que es nuestro caso, y en definitiva no es otra cosa que lo que en 1922 ya reclamaba, en su nota “La clase por encima del partido”, Amédée Dunois, “*el esfuerzo convergente, por encima de las*

ideologías divergentes, de todas las fuerzas, de todas las fracciones de la clase obrera”, entendiendo que hoy eso debe referirse a toda la población cuya vida está amenazada por la violencia de la ofensiva del capital y del Estado contra las gentes.

Me parece muy ilustrativa la manera en que se ha logrado que la mayoría de la población simpatice y se identifique con la lucha contra los desahucios y en defensa de la Sanidad pública. Ese consenso social se ha logrado por dos razones. Por un lado, los problemas puestos sobre el tapete, un lugar donde vivir y la atención sanitaria, nos resultan muy cercanos, son fáciles de entender sin tecnicismos y, sobre todo, fáciles de sentir si nos ponemos en el lugar de quienes carecen de una o ambas cosas; es algo vital, que no admite espera. Por otro lado, estos problemas sociales han sido muy bien planteados por el movimiento contra los desahucios, que ha hecho una inteligente combinación de la actuación sobre desahucios uno a uno con una acción política que derivó en una Iniciativa Legislativa Popular, y por las y los trabajadores de la Sanidad, que trascendieron su problemática laboral integrándola en un compromiso de defensa del Sistema Público de Salud. La lucha de la marea verde, por la educación pública, también logró implicar a otros sectores de la población, como madres o padres, una parte del alumnado adolescente, etc., aunque por el momento no se ha logrado un consenso social semejante a los antes citados, en parte debido al papel nefasto que juega la enseñanza concertada en el sistema educativo; sin embargo, las luchas estudiantiles de la primera mitad de febrero de 2013 quizá anuncien un nuevo impulso de la marea verde. A mi entender, también tendría gran potencial un movimiento que plantease el creciente problema de las personas sin ingreso alguno o con ingresos totalmente insuficientes para atender sus necesidades básicas personales y familiares.

Junto a las movilizaciones por aspiraciones de gran urgencia social, movilizaciones que

pretenden conseguir algo aquí y ahora, ha habido otro tipo de movilizaciones destacadas. La más simbólica de ellas, que impregnó todo lo que vino después, fue el 15M, 15 de mayo de 2011. ¿Por qué se hizo esa movilización? Creo que la respuesta más adecuada es *por todo*, fue una movilización directamente política, *contra ellos y contra su sistema*. Ha habido otras muchas similares y seguirá habiéndolas. Posiblemente se tienda a que ambos tipos de lucha se entrelacen cada vez más.

6. Algunos interpretan como “despolitización” la creciente separación entre la gente y los aparatos políticos profesionalizados, el descrédito de la mal llamada “clase política” -las élites políticas pertenecen, sin duda, a la misma clase que las élites económicas, no son “otra” clase”, la escalada del “mundo de los políticos” en la lista de los mayores problemas del país según la opinión popular, etc. Todo eso, sin embargo, no es despolitización sino toma de conciencia de una realidad, lo que debe considerarse positivo salvo para quienes quieran proteger sus intereses bajo un muro de ilusiones y engaños. En realidad, lo que hay es una politización social.

No obstante, este positivo “desvelamiento” puede frustrarse si se queda a medias y no obstruye el paso a populismos reaccionarios y autoritarios, nacidos fuera o dentro del propio PP (no está excluido que el propio PP tome ese tipo de camino bajo liderazgos como el de Esperanza Aguirre... ¿o Aznar?). Quedarse a medias, por poner sólo un ejemplo, es indignarse por la supuesta entrada de dinero ilícito en el PP y la supuesta distribución en sobres de una parte de ese dinero a dirigentes del partido, pero no por las supuestas aportaciones de empresas al PP a cambio de las cuales habrían recibido supuestamente tratos de favor, contratos públicos, gestión de hospitales, leyes a favor de las grandes cadenas comerciales, etc. El capitalismo es una fábrica de corrupción.

Rechazar a “los políticos” sin rechazar a las élites económicas del capitalismo lleva a

un callejón sin salida, no por lo que se rechaza, sino por lo que se admite. En nada ayudan al esfuerzo social para defender nuestros derechos teorías como la que considera a la “clase política” como “clase extractiva” o parásita diferenciada, caracterizada por apropiarse de una riqueza que no produce, como si los grandes grupos capitalistas no hicieran eso mismo, apropiarse del fruto del trabajo ajeno; tampoco ayudan campañas absurdas como la de los supuestos “445.568” políticos en España, cuando concejales, que son muchísimos más que cualquier otra categoría, hay menos de 70.000 y en muchos casos no cobran, claro que para que les salgan las cuentas los demagogos cuentan como políticos a ¡65.130 sindicalistas! y, más sorprendente aún, ¡a toda la plantilla de las empresas públicas!, aunque, eso sí, no cuentan a los curas, para algo sale el bulo de donde sale y con las intenciones que sale. Si no vamos más allá de la crítica a los políticos, nos quedamos con la espuma e ignoramos las corrientes de fondo. Y eso da pie a todo tipo de demagogias reaccionarias, en la vía de un PP que en diversos lugares se empeña en disminuir el tamaño de los parlamentos e instituciones electas, lo que sólo favorecería el bipartidismo entre PP y PSOE, o un posible mal uso de las listas abiertas para machacar a las minorías (como ya ocurre en el Senado), o la anulación de salarios para las y los diputados, como han hecho en Castilla-La Mancha, lo que sólo deja espacio para los ricos o para aquellos a los que el poder asigna funciones específicas por las que sí cobran.

Ante el proceso de crisis del régimen político español, verdaderamente en descomposición, no podemos hacer un mero discurso de “regeneración democrática” (Aguirre dice) ni pensar en un proceso constituyente meramente formal, sin contenido social. Queremos otro régimen institucional porque queremos más democracia pero también porque queremos vivienda para todas las personas y sanidad pública universal y de calidad. Es necesario vincular la consti-

tución política de la sociedad con su constitución material, con sus conflictos sociales y con las condiciones de vida a que aspiramos. No se trata, claro está, de conciliar con los políticos corruptos ni con los que aplican las políticas que quieren las élites económicas, se trata de ampliar la mira y combatir con igual vigor a todos los culpables y de hacer una crítica de la lógica del sistema, no sólo de los “excesos” sustanciales a esa lógica. A mi entender, esa sería la tarea *específica* de una izquierda democrática, libertaria, ecologista, anticapitalista y antipatriarcal, no el distinguirse siempre en las luchas sociales con una consigna o reivindicación “más dura” sea cual sea la situación del movimiento real.

7. Estoy convencido de que la palanca del cambio no pasa hoy por partidos o elecciones, sino por el movimiento social. No desprecio lo que ocurra en esos otros ámbitos, pero creo que sólo serán agitados a partir del impacto de la presión social. Experiencias como las de AGE en Galicia o la CUP en Cataluña están ligadas directamente al auge de las mareas sociales.

En ese marco, los problemas electorales tienen importancia. Cada vez somos más conscientes de que, a la vez que alzamos reivindicaciones concretas que queremos conseguir aquí y ahora, de alguna manera tenemos que expresar que no queremos que esta gente siga gobernándonos. Así que decimos “hay que echarlos”, “que se vayan”, “que dimitan”... Sí, ¿y luego?

Aunque considero que ningún gobierno puede representar a la sociedad y que todo Estado es una forma de dominación de minorías sobre mayorías, también pienso que aún no tenemos la potencia necesaria para que la sociedad se organice a corto plazo según una autogestión social basada en instituciones no estatales. Si tiramos a un gobierno, habrá otro, si tiramos un régimen, habrá otro, y de todos habrá que defenderse, lo que no quiere decir que nos dé igual cómo sean. Si se abre un proceso constituyente, lo peor que nos puede ocurrir es que lo gestione algún tipo de gobier-

no pactado por arriba, sólo del PP, de “unión nacional” PP-PSOE, o un gobierno de concentración, o supuestamente tecnológico, por no decir ya “militar”, aunque esto, por ahora, no parece demasiado probable.

En consecuencia, creo que *se hace urgente exigir la convocatoria de elecciones generales*. Sentimos cierto pudor al hacerlo, nos contenemos, y creo que es así porque no vemos una alternativa que nos satisfaga y que parezca tener la capacidad de ganar unas elecciones. “Para que vuelvan a ganar”... nos decimos.

No obstante, creo que hay que exigir elecciones ya. No podemos avalar la permanencia de un gobierno tan enfangado como el actual, y pedir que se vaya sin pedir elecciones sólo lleva a un nuevo gobierno... del PP y con la misma mayoría absoluta, que no es lo que necesitamos, aunque una crisis de gobierno debería ser valorada como un éxito parcial de una lucha que les desgasta. El sólo hecho de que salga un nuevo Parlamento, sin mayorías absolutas, más ingobernable y más fragmentado sería una situación más favorable para las reivindicaciones sociales. Y, por otra parte, a veces ocurre lo no previsto.

8. Nos interesa que la composición de las Cortes sea lo más favorable posible a las necesidades sociales. Es decir, que crezcan los votos contrarios a los recortes sociales, nos caigan bien o mal quienes ocupen los escaños, aunque mejor si nos caen bien. Quienes lo vemos así deberíamos jugar un papel activo, dentro de nuestras posibilidades.

Siendo realistas, para mí la mejor opción *posible* a estas alturas sería una mezcla de lo viejo y de lo nuevo, de organizaciones ya constituidas, de nuevas organizaciones y de activistas. Eso implicaría una alianza electoral que incluya a fuerzas políticas diversas, IU, ICV, CUP, Equo, Compromís, Izquierda Anticapitalista, Piratas, etc., y a activistas ajenos a los partidos, sin excluir algún tipo de vinculación con fuerzas como BNG o ERC, que difícilmente renunciarán

a tener candidaturas propias diferenciadas. Esa alianza debería comprometerse con un acuerdo básico, *mínimo* si se quiere, sobre lo común que se está construyendo en las luchas, en torno a la sanidad, la educación, la vivienda, la protección social, la igualdad entre mujeres y hombres, los derechos democráticos..., así como con la propuesta de apertura de un proceso constituyente. Debería crear espacios de encuentro de base, para que no se reduzca a una mesa de partidos, y tomar sus decisiones fundamentales y elegir sus candidaturas a través de voto individual directo y de primarias abiertas a la sociedad. No es fácil y es un gran reto, pero la situación lo exige. Si los intereses particulares de cada fuerza política lo impiden, habrá que contribuir, desde donde cada cual pueda, a experiencias parciales inspiradas en ese proyecto. Pero mejor sumar.

En cuanto al PSOE y el PSC, tienen que hacer su propia travesía electoral. Cualquier alianza electoral con ellos en estos momentos sería un suicidio para quien la haga y un obstáculo a la participación electoral de muchísimas personas que se han alzado contra los recortes y enfrentado al PP pero también hacen al PSOE responsable de parte de lo ocurrido, con razón, como vienen a reconocer desde dentro cuando piden perdón por no haber tomado medidas contra los desahucios; más aún, votaron en contra de las medidas propuestas por otros grupos.

Por descontado, lo que ocurra en los procesos de convergencia o fragmentación electoral no debe afectar a la unidad de acción en lo que se coincide, ámbito en el que no debe haber exclusiones. La movilización social es lo más importante, aunque no hay motivos para despreciar otras palancas subsidiarias, como las electorales.